



Concurso de Cuentos

2008

“Emilia Pardo Bazán”

META

Contando
en Igualdad



La Suma de Todos

CONSEJERÍA DE EMPLEO Y MUJER
Comunidad de Madrid

www.madrid.org



Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la **Comunidad de Madrid** y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma.



www.madrid.org/publicamadrid

XI Concurso de Cuentos 2008 “Emilia Pardo Bazán”

Contando en Igualdad



La Suma de Todos



CONSEJERÍA DE EMPLEO Y MUJER

Comunidad de Madrid

www.madrid.org

2

Breve biografía de Emilia Pardo Bazán

5

Presentación

8

Primer premio

"Un día en las carreras"

de José Borrego Ojeda

26

Segundo premio

"Acacia y el viento"

de Mercedes Martín Alfaya

40

Tercer Premio

"El Príncipe de Horeb y el gran viaje"

de Daniel Blanco Parra



Ilustraciones • Carmen Sáez Díaz
Diseño Gráfico • grc/Graciela Varela Vázquez
Realización DVD • Morwen Productions S. L.

Emilia Pardo Bazán (1852-1921)

Fue una mujer libre, una intelectual liberal y una de las escritoras más importantes de nuestro país. Nació en La Coruña, en 1852, única hija de José Pardo Bazán y Amalia de la Rúa, los condes de Pardo Bazán, título que heredó en 1890. Su madre la estimuló a leer, su verdadera pasión, mostrando a los 9 años gran interés por la escritura. Sabía francés, inglés y alemán. Se casó a los 17 con José Quiroga y tuvo un hijo, Jaime, y dos hijas, Blanca y Carmen. Fue la primera gran periodista española, la primera corresponsal en el extranjero y una de las primeras feministas de su época. Introdutora del naturalismo, su avidez por saber y su disciplina autodidacta hicieron que se convirtiera en una mujer de gran cultura.

Participó en los movimientos sociales y culturales de la época, y defendió los derechos de las mujeres, denunciando la desigualdad educativa entre hombres y mujeres y el sexismo predominante en España, así como la impune violencia que era ejercida contra las mujeres. Se enfrentó a la Real Academia de la Lengua por negar el ingreso a las mujeres. Ni ella, que fue rechazada tres veces, ni Concepción Arenal ni Gertrudis Gómez de Avellaneda, fueron aceptadas nunca. En 1906 llegó a ser la primera mujer en presidir la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid.

Consejera de Instrucción Pública, fue también la primera mujer en ocupar la Cátedra de Literatura Comparada de la Universidad de Madrid, donde experimentó la discriminación

que sufrían algunas mujeres por el hecho de serlo: sus alumnos varones le hicieron un boicot negándose a entrar en el aula a recibir las clases que ella impartía.

Reunió sus artículos feministas en *La Mujer Española*, el libro más importante y menos conocido del feminismo español, donde lucha por los derechos de la mujer y por su educación.

En 1891 fundó la revista *Nuevo Teatro Crítico*, y en 1892 la publicación *Biblioteca de la Mujer*.

Publicó más de sesenta novelas, siete dramas, dos libros de cocina y libros de viajes, además de quinientos ochenta cuentos y cientos de ensayos. Utilizó una gran variedad de géneros literarios. *Los pazos de Ulloa*, publicada en 1886 fue la obra cumbre de esta gran escritora. Murió en Madrid en 1921. ■



Monumento patrocinado por la Duquesa de Alba. Situado en la calle Princesa de Madrid.

Presentación

Un objetivo fundamental de la Consejería de Empleo y Mujer es la promoción de la igualdad de oportunidades y la participación de las mujeres en el desarrollo político, social, económico y cultural de la región.

Con estos Premios de Cuento Infantil pretendemos que la literatura dirigida a la infancia contribuya a disminuir los prejuicios y estereotipos de género y consolidar valores de igualdad entre los que, el día de mañana, serán los hombres y las mujeres en nuestra sociedad.

Tras diez años de trayectoria, se trata ya de un Premio consolidado y de claro reconocimiento. Su prestigio deriva de haber sabido promover que, a través de la narrativa, se cuestionen los viejos modelos de desigualdad por razón de sexo, modelos que

inciden, no sólo en los niños y niñas, sino sobre el conjunto de la sociedad.

Iniciamos con este décimoprimer concurso una segunda etapa, con la ilusión de seguir “contando en igualdad” y siendo transmisores de conceptos y actitudes que permitan avanzar hacia la igualdad real de las mujeres con sus compañeros varones.

Emilia Pardo Bazán, primera mujer que ocupa la cátedra de Literatura Comparada en la Universidad Central de Madrid, sobrenombra los Premios de este año, recordándonos su pertenencia al grupo de escritoras que superaron las limitaciones impuestas a las mujeres de aquella época, como Cecilia Böhl de Faber, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Concepción Arenal.

Sus manifestaciones de condena de la violencia doméstica o su firme convicción de que la sociedad avanza cuanto mejor es la posición de la mujer y mayor su educación han de ser plenamente compartidas.

Esperamos que los tres relatos breves contenidos en este ejemplar, premiados en 2008, se conviertan en una caja de resonancia con efecto multiplicador que consigan nuevas calidades en las miradas de los niños y las niñas, y al leerlos descubran en los cuentos fogonazos que les iluminen maneras de ver el mundo desde la igualdad, y les ayuden a abrir caminos hacia una sociedad más justa y equilibrada.

Paloma Adrados Gautier

Consejera de Empleo y Mujer de la Comunidad de Madrid

"Un día en las carreras"

Fosforito era un caracol de tierra. Como todos los caracoles de la granja, los días que hacía bueno, sacaba los cuernos al sol. Un buen día, dando cuenta con sus congéneres de unos

8 sabrosísimos brotes de perejil, alguien comentó:

–Dicen que el sábado que viene hay carreras.

–Sí–, respondió otro caracol mayor que tenía una concha muy grande. –El Gran Campeón se está preparando desde hace tiempo.





10

META



–Yo también corro mucho –dijo Fosforito.

–Je, je –rió el caracol mayor.

–Fosforito, dedícate a lo tuyo, y no tengas ideas disparatadas, cada uno tenemos nuestra función en la vida, así ha sido siempre, y así seguirá siendo. –Y siguió comiendo tranquilamente sin prestarle mayor atención.

–Pero yo corro muy rápido –pensaba Fosforito. –Con unos buenos mecánicos que me dieran unos retoques en la concha y con un buen combustible a base de lechuga, podría ganar muchas carreras. Primero competiría con los caracoles de las granjas cercanas, luego me llevarían por las ferias de los pueblos, más tarde empezaría a



correr en los circuitos semiprofesionales con mi propio número pegado en la concha. Si la cosa iba bien, las compañías de teléfono querrían ser mis *sponsors*, tendría mi propia caja de zapatos humanos a pie de circuito en la que descansar y concentrarme antes de cada carrera, el triunfo, la gloria... –soñaba Fosforito.

Pero sabía que eso jamás llegaría. No se podía competir en las carreras de caracoles siendo un caracol hembra. Ese privilegio, generación tras generación, sólo estaba reservado para los caracoles machos.

Estos pensamientos entristecían y frustraban a Fosforito, y así estaba pensando y pensando, cuando de repente, sintió

cómo alguien le cogía por la concha, le elevaba por los aires a una altura grandísima y le depositaba en una gran caja de frutas, mientras oía a uno de los niños de la granja que decía:

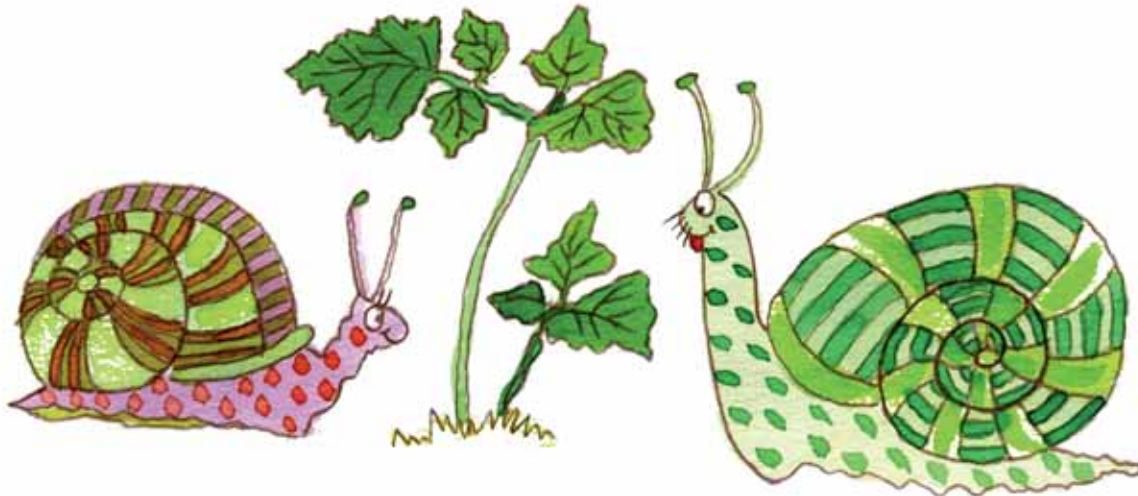
–Yo creo que con éste, ya tenemos suficientes. El Gran Campeón tiene que estar bien atendido para el sábado.

–Sí, no podemos perder –decía otro. –Los de la granja de enfrente llevan entrenando al suyo desde hace un mes.

14 Los caracoles de la granja sabían lo que significaba ser metido en la caja de frutas.

Durante cinco o seis días la misión de todos los caracoles hembra, era la de procurar que El Gran Campeón tuviera todas las comodidades hasta el día de la carrera.

Después, volvían a ser soltados por el huerto. Así, cada mañana, antes del entrenamiento, la concha del Gran Campeón debía estar reluciente, las antenas, brillantes y en perfecto uso, y por supuesto, se le debía haber servido un gran desayuno rico en calcio para endurecer la concha, y con una abundante cantidad de lechuga para proporcionarle energía.





Mientras el
Campeón entrenaba, los
caracoles hembra que quedaban en
la caja, tenían sus propias funciones.

Debían ir en busca de más comida, ordenaban
y limpiaban la caja, llevaban a los niños caracoles al cole,
cuidaban al abuelo caracol que hubiera sido metido en la caja,
salían a hacer alguna gestión a la granja vecina, se iban a sus
propios trabajos, y corriendo a todo correr, o más bien
reptando a todo reptar, dentro de las posibilidades de los
caracoles, regresaban a la caja y rápidamente ponían la mesa
para cuando volvía el Gran Campeón.

Éste, era muy exigente en sus comidas y siempre quería tener lo mejor y a la hora en punto. Por la tarde, después de echarse la siesta, pedía que le arreglaran y atusaran sus largos bigotes.

Fosforito, por su parte, cuando encontraba un hueco libre entre sus ocupaciones, se echaba una carrerita para no perder tono muscular y así mantener su pie en forma, ya que como todos sabéis los caracoles sólo tienen un pie.

–¡Fosforito!, ¡Vete a buscar hojas de lechuga fresca para el Gran Campeón!– Y Fosforito en lugar de ir a paso de caracol, iba reptando a todo reptar, imaginando que estaba corriendo



los 42 centímetros marcha en la Caracolada de Barcelona 92.

—¡Fosforito!, ¡Apúrate, trae un barreño de agua, que vamos a recortarle el bigote al Gran Campeón! Y Fosforito, se buscaba el camino con más obstáculos, emulando los 10 centímetros vallas, imaginando que estaba en el estadio de Olimpia en Grecia, con la multitud vociferando su nombre, mientras el crono marcaba un nuevo record mundial.

18

Por las noches, nuestro pequeño caracol o más bien caracola, caía rendida después de haber realizado todas sus labores.

—¡Fosforito, Fosforito!, ¡despierta!, el caracol mayor quiere hablar contigo!



–Fosforito –dijo el caracol mayor– la situación es grave. Esta noche el Gran Campeón ha sufrido un accidente. Mientras estaba subido en la hoja de lechuga más alta de la caja y se pegaba un gran atracón propio de un gran campeón, se ha quedado dormido, y se ha caído al suelo. Se le ha roto un trozo de concha y en esas condiciones no puede competir. Tiene que ser sustituido para la carrera de mañana y hemos pensado que la única solución eres tú. Si no presentamos un corredor, los de la otra granja ganarán por cuarto mes consecutivo.

–¿Yo? –respondió Fosforito.
–Pero si soy un caracol hembra.



–Un caracol hembra, un caracol hembra –rezongó el caracol mayor. –Con unos bigotes postizos nadie notará la diferencia.

Y así fue como con unos pelos prestados por una mosca, le fabricaron unos bigotes igualitos a los del Gran Campeón. Fosforito no durmió en toda la noche pensando en la carrera del día siguiente. Sabía que el caracol Coll, el campeón de la otra granja, era rápido, muy rápido, pero ella estaba entrenada y sabía que podía ganarle. El sábado amaneció un día soleado, perfecto para sacar los cuernos al sol, iba a ser un gran día de carreras. La expectación era muy grande, muchos caracoles venidos de las granjas cercanas iban a ser testigos de este

acontecimiento. Saltamontes, ranas amigas, escarabajos, hormigas, mariposas, zapateros, y hasta un sapo amarillo, se habían concentrado cerca del circuito. Los niños de las dos granjas cuyos caracoles competían, lo habían montado encima de una mesa que habían mojado con agua para facilitar el deslizamiento.

Allí estaba Fosforito en la salida. Cuarenta y dos centímetros marcha, la carrera que siempre había soñado, la gran oportunidad de su vida. —¡A por él, macho!, le decían los

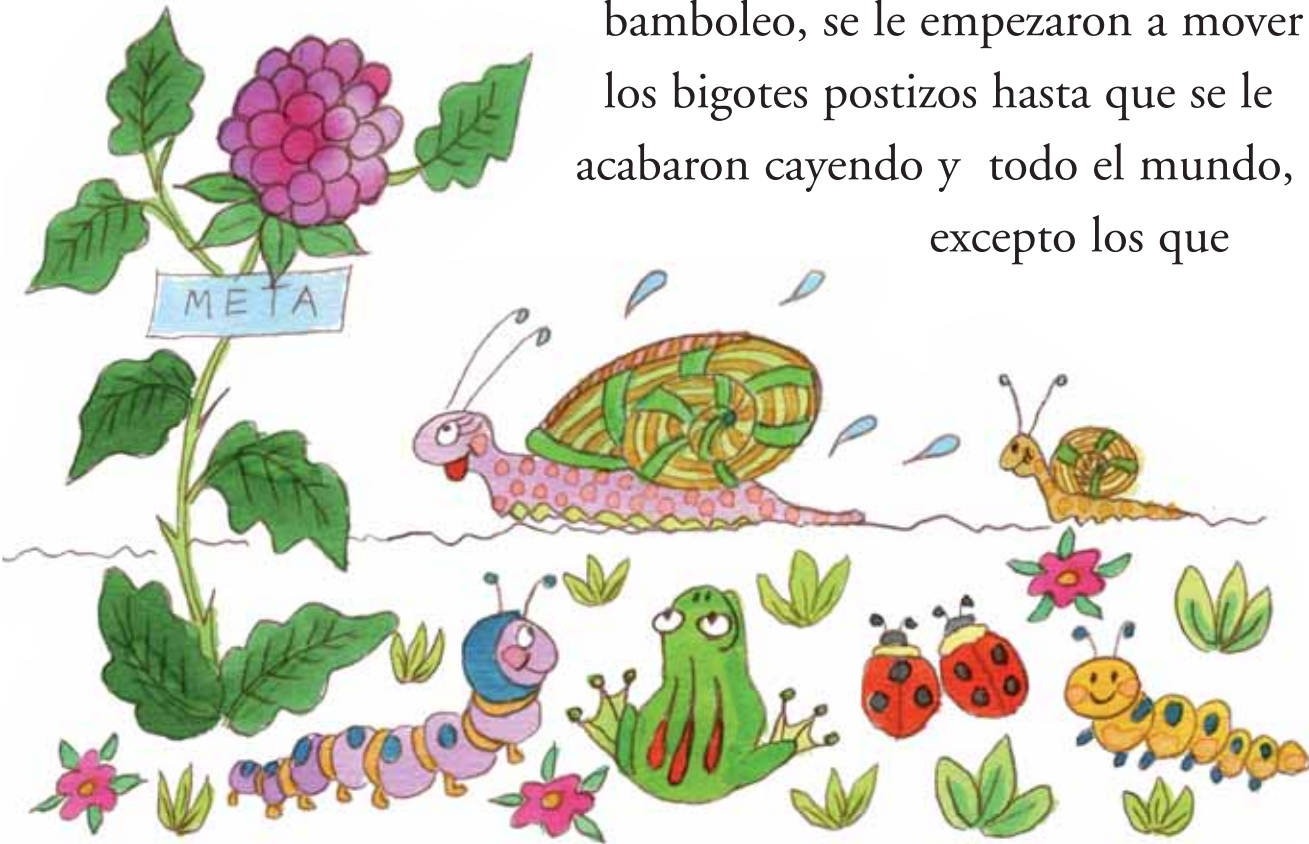


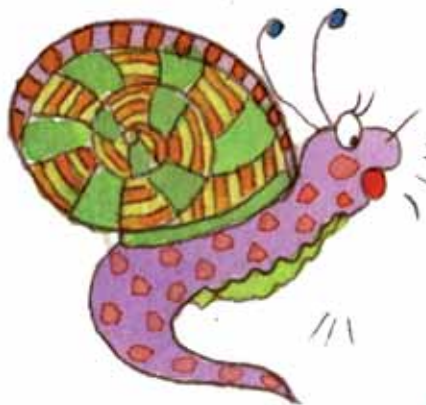
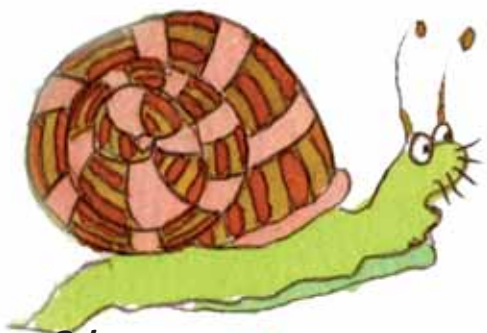
que estaban cerca de ella y no la reconocían. ¡Preparados!, ¡listos!, ¡despacio! Fosforito se quedó paralizada. Todas las miradas estaban sobre su concha. No podía fallar. El caracol Coll ya le aventajaba en 4 centímetros. Así que se acordó de todas las mañanas de entrenamiento, incluso en días sin sol, de todo el esfuerzo realizado y su pie empezó a reptar a una velocidad de vértigo. No tardó en alcanzar a Coll y en un final muy reñido, consiguió llegar primero, como siempre había imaginado, ganando de forma limpia, en las mismas condiciones y con total respeto por su rival.



En la gran fiesta que celebraron después los caracoles de las dos granjas, todos manteaban a

Fosforito, creyendo que era el Gran Campeón y lanzaban vivas, ¡viva el Gran Campeón! A la pobre Fosforito, con tanto bamboleo, se le empezaron a mover los bigotes postizos hasta que se le acabaron cayendo y todo el mundo, excepto los que





24



sabían el truco, se quedó estupefacto. ¡Ohhhh!, ¡Pero si es Fosforito! Y se alegraron todavía más, porque eso demostraba que cualquier caracol podía competir en las carreras, unas veces ganando y otras perdiendo, como no podía ser de otra forma, porque como todos sabéis, en el mundo de los caracoles como en el mundo de los niños y niñas, todos somos iguales y tenemos derecho a las mismas oportunidades.



...fin

"Acacia y el viento"

*"Dedicado a mi nieta de 2 añitos,
Aroa Lara Jiménez, para que crezca
en igualdad y nunca deje que nadie
aprisione sus ramas".*

26

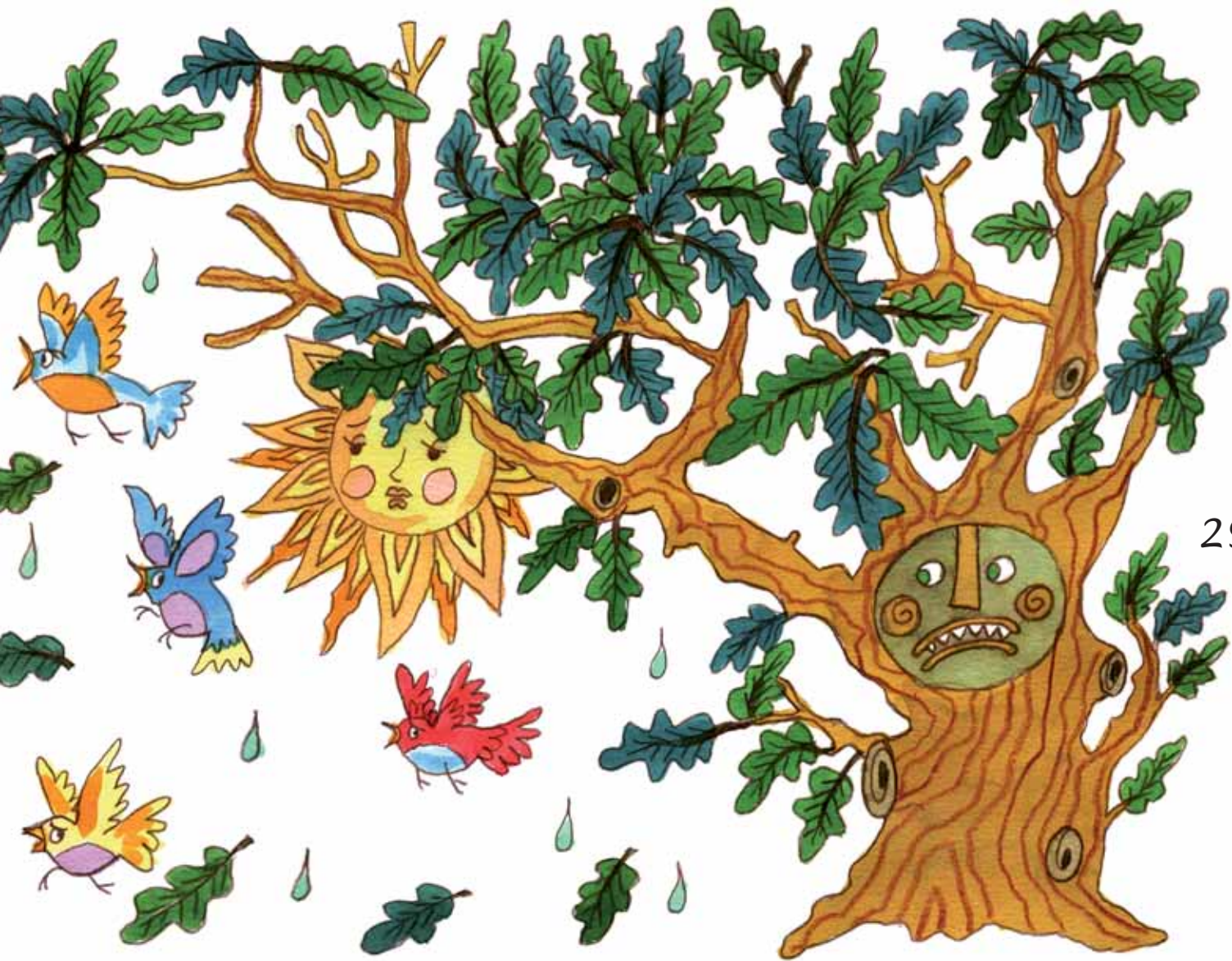
H

abía una vez una arbolita a la que le gustaba el aire, el sol, las nubes y hablar con sus amigos. La arbolita era pequeña y se llamaba Acacia.

–Cuando sea mayor, llegaré hasta el cielo con mis ramas y daré sombrita y reposo a los niños y las niñas que se acerquen a mí –contaba Acacia a las libélulas y a los pájaros, mientras la lluvia limpiaba sus hojas.









Aquel invierno, las nubes trajeron copitos blancos para alfombrar el bosque.

–Señor gorrión, señora gorriona, aquí pueden instalarse –decía nuestra arbolita mostrándole algunas de sus ramas en las que no había nieve.

Al llegar la primavera, florecieron los campos y los pajarillos habían sobrevivido al frío gracias a la generosidad de Acacia.

30

Un día, a la hora de la siesta, cuando los pinos se miran en el río y los sapos duermen en las charcas, Acacia habló con un árbol que dijo llamarse Robledo. El árbol saludó a la arbolita y le preguntó si quería ser su amiga.

–Claro que sí –contestó ella risueña–. ¿Cuántos años tienes?

–Once –dijo Robledo–, ¿y tú?

–Yo tengo diez, pero sé contar historias.

–Ah, qué bien –contestó el árbol. Y jugaron a mover las ramas para saludar a los aviones.

Con el tiempo, Acacia y Robledo crecieron, se hicieron novios y se casaron. Pero ocurrió que, al poco tiempo, Robledo desplegó todas sus ramas sobre ella.

–¿Qué haces, Robledo? No veo nada.

Robledo le dijo que a partir de ese



momento él cuidaría de ella y la protegería de los pájaros, de la nieve y de todo lo que pudiera molestarla.

–Pero..., yo no necesito que me protejas. Si me cubres con tus ramas, no podré ver el sol, ni me llegará el aire, ni podré conversar con las nubes; me quedaré triste y dejaré de florecer... –se quejó nuestra arbolita.

Sin embargo, Robledo no le hizo caso, incluso añadió:

–Yo te soplaré cuando quieras aire y te calentaré cuando necesites sol.

Y así fue como Acacia se quedó prisionera entre las enormes ramas con las que Robledo la envolvió.

De vez en cuando, entre las hojas, se colaba un rayito de



sol y ella asomaba los ojillos para saludarlo. Robledo enseguida plegaba bien las hojas y todo volvía a la oscuridad.

Y ocurrió que como Acacia no podía crecer hacia arriba, comenzó a crecer hacia abajo. Extendió sus raíces en las profundidades y buscó aguas subterráneas y terrenos blanditos por los que moverse. Allí abajo no había sol, ni nubes, ni pájaros. Sin embargo, también existían lugares preciosos que descubrir y manantiales ocultos de agua fresquita y transparente que la ayudaron a sobrevivir.

El viento, que va recorriendo el bosque para limpiar las hojas secas de los árboles, enseguida se dio cuenta de lo que ocurría.

–Oye, Robledo, ¿por qué no te apartas un poco y dejas que Acacia disfrute y crezca igual que tú? –dijo el viento.

Pero Robledo no hizo caso y siguió tapando a su mujer sin dejarla apenas respirar.

El viento, entonces, se enfadó tanto que comenzó a soplar.



Fsssssssss. Fsssssssss. Uuuuuuuussss

Y sopló...

Y sopló...

Y sopló tan fuerte que todos los árboles que no estaban bien agarrados al suelo salieron volando; entre ellos Robledo, cuyas raíces apenas tocaban la tierra.

36

Acacia se había quedado tan pequeña y escuchimizada, que más que una arbolita parecía un arbusto. Sin embargo, sus raíces eran profundas y la mantuvieron en tierra a pesar del vendaval.

De Robledo se sabe que fue dando tumbos por los campos hasta perder todas sus ramas, y que un leñador lo descubrió junto al río y se lo llevó a casa por si necesitaba leña para el fuego.





Aquel verano, Acacia volvió a ver el sol y sus ramas lucían tan fuertes que todos los pájaros querían colocar allí sus nidos. Y así fue como el viento liberó a nuestra arbolita de Robledo, un árbol cabezota, que no comprendía que los arbolitos y las arbolitas deben crecer juntos pero respetando el espacio y las necesidades de cada uno. Ahora,

Acacia se ha convertido en una arbolita preciosa, que se pasa el día contando historias a las nubes, para que las guarden en sus maletas viajeras y las lleven a otros lugares donde haya niños y niñas a las que les gusten los cuentos.



Si alguna vez escuchas rugir al viento, no te asustes, seguro que está enfadado porque algún árbol, como Robledo, se empeña en adueñarse de otro y no le deja crecer.

...fin

"El Príncipe de Horeb y el gran viaje"

40

e

l príncipe de las tierras de Horeb estaba a punto emprender el Gran Viaje en busca de la princesa de Sirtán, a la que quería pedirle matrimonio. Tendría que cruzar los fríos montes de Usuf y los peligrosos abismos de Arán para llegar al castillo de su prometida, pero confiaba en salir victorioso porque llevaba siete años preparándose para sobrevivir a esa aventura.

No era el primero que lo intentaba. Muchos caballeros de los reinos cercanos viajaron hasta Sirtán, pero ninguno había vuelto, pero el príncipe de Horeb es el más valiente de los jóvenes guerreros. Él no le teme a las oscuridades, ni a los leones gigantes, ni siquiera a la furia de los dioses.

Cuenta la leyenda que el hombre que quiera casarse con la princesa de Sirtán tendrá que pasar pruebas tan duras que puede pagar con su propia vida tal atrevimiento. Ningún caballero ha conseguido aún llegar al corazón de la joven, guapa y lista a partes iguales. El







príncipe abandonó sus tierras de Horeb una mañana al alba, cuando la ciudad aún dormía en silencio. Iba cargado con su espada invencible, fundida con el metal de los Volcanes Sagrados, con la que pretendía derrotar a cualquier enemigo que intentara cerrarle el paso en su camino hasta Sirtán. Cruzó las Cuevas Rotas y salió a su encuentro la Bruja Vigilante. El príncipe desenvainó su espada:

44

–No lucharé contigo. Te esperan pruebas mucho más duras
–le dijo ella.

Continuó su camino y al tercer día, llegó al Valle de los Dragones. El príncipe volvió a levantar su espada para

asustarlos. Ellos le dijeron sin inmutarse:

–No lucharemos contra ti. Te esperan pruebas mucho más duras.

Anduvo por la senda que lleva al norte y atravesó la Ría de las Pirañas Voladoras. El príncipe de Horeb se defendió con su espada invencible:



–No lucharemos contigo. Te esperan pruebas mucho más duras.



Una mañana celeste, vio a lo lejos el castillo de Sirtán, con sus tres torres puntiagudas, tan altas que no tenían final. El príncipe de Horeb estaba a punto de llegar a su destino. Miró hacia atrás y se preguntó si aquél era, realmente, el castillo de su princesa. No había luchado ni una sola vez. No se había enfrentado a monstruos, ni había peleado con los dragones ni brujas. El Gran Viaje había sido tan tranquilo como una aventura para niños.

El príncipe de Horeb sólo había visto a la princesa de Sirtán una sola vez, pero se sentía locamente enamorado de ella. Se paró frente a las puertas del castillo y dio un aldabonazo. Los reyes abrieron la puerta:

–¿Qué le trae hasta este reino, caballero valiente?

–Vengo a casarme con la Princesa de Sirtán.

–Acompáñenos. Es usted el primer caballero que llega en varios meses. Los demás no superaron la prueba y siguen encerrados en las mazmorras.

El caballero de Horeb siguió a los reyes, que lo condujeron hasta la Sala del Amanecer, donde había mil ventanas con los

cristales naranjas. El sol entraba y se teñía del color de las mandarinas. Parecía que siempre estaba amaneciendo en aquel lugar donde lo esperaba la hija de los reyes. No llevaba el traje de princesa ni los zapatos de cristal.



48

–Bienvenido –dijo ella– Perdone que lo reciba sin mi vestido rosa, pero no lo esperaba. Ningún caballero se atreve a luchar por mi corazón.

–Yo estoy enamorado de usted. ¿Quiere casarse conmigo, princesa de Sirtán?

–Me encantaría. Sólo tiene que pasar una prueba –dijo ella.

–¿Algún dragón? ¿Gigantes? Podré luchar con quien usted

quiera. Soy el más valiente del lugar –dijo y se sacó la espada del cinto.

–No, sólo tendrás que pasar un día conmigo –dijo ella.

–¿Un día con usted? Lo superaré.

–Si fallas, te encerraremos cien años en las mazmorras, como al resto de los caballeros que no han superado la prueba. Que comience la cuenta atrás –ordenó la princesa y sus padres, antes de irse, volcaron el reloj de arena que marcaba la cuenta atrás.



La princesa se sentó en un sillón, puso la música y leyó el periódico.

El príncipe no sabía qué hacer. Tosió para llamar la atención de la princesa:

–Bueno, ¿qué hago?

–Mi príncipe deberá tratarme como una reina –dijo ella leyendo el periódico.

50

El príncipe se puso manos a la obra. Le hizo una tarta de manzana, le planchó su vestido rosa, le fregó los platos, le hizo su cama y fregó los platos.





–¿Algo más? –preguntó el
caballero medio agotado.

–Mucho más.



El príncipe siguió con
las manos en la masa. Le cocinó
pollo en salsa, pero a la princesa no le gustó
y tuvo que asarle perdices, le puso una lavadora
y después la tendió, le barrió el palacio y le ordenó
la ropa.

–¿Algo más? –preguntó el caballero sudando.

–Mucho más.

Al príncipe de Horeb le temblaban las piernas. Hizo la compra, paseó al perro de la princesa, puso la mesa para cenar y después la recogió, sacudió las alfombras y volvió a fregar los platos.

El rey entró en el palacio con el reloj de arena en una mano. Habían pasado 24 horas exactas.



El príncipe Horeb, con unas ojeras que le llegaban al cuello, tiró el trapo con el que limpiaba el polvo y gritó:

–Prefiero luchar con mil dragones a repetir esto.

–¿Tanto te ha costado? –preguntó la princesa, que estaba tumbada en el sofá.

–Llevo años preparándome para defenderte de los monstruos y tú me haces limpiar toda tu casa. ¿Tú quieres un marido o un esclavo?

–Busco un marido que tampoco quiera una esclava. Haremos un trato. Yo ayudo a luchar con dragones y tú ayudas a hacer pasteles y a poner la mesa.

–¿Entre los dos?



La princesa asintió y soltó una sonrisa pícaro:

–Eres el primer caballero que supera la prueba. Príncipe de Horeb, me casaré contigo.

–Antes, voy a darme una ducha –contestó y los dos rieron a carcajadas.

...fin

55



Depósito Legal: M-3.014-2009

• Imprime B.O.C.M.



Contando
en Igualdad

Concurso de Cuentos
2008
"Emilia Pardo Bazán"



Contando
en Igualdad



La Suma de Todos



CONSEJERÍA DE EMPLEO Y MUJER

Comunidad de Madrid

www.madrid.org